

Biografía

De

César Pan Castrillo

Realizada

Por

Servando Pan Castrillo

1 – Infancia.

César Pan Castrillo nació el 17 de diciembre de 1940 en Santibáñez de la Isla, pueblo pequeño de la provincia de León. Su padre, Gabino Pan Martínez, con 16 años cumplidos, tomó la decisión de irse a Argentina en 1923 a “hacer las Américas” como se decía entonces, en busca del dinero que le permitiera llevar una vida holgada de regreso a casa. Pero volvió con las manos vacías.



En la escuela del pueblo 1948

Su madre, Jesusa Castrillo Bernardo, se ocupó de las cosas de casa de sus padres y de las tareas del campo. Se casaron en 1930 y tuvieron, como fruto de su matrimonio, 7 hijos. César era el penúltimo.

Fue bautizado el 23 de enero de 1941. Su madre, buena cristiana, lo llevaba, cada domingo, a misa. Desde los 6 años, fue a la escuela del pueblo donde Don Miguel, maestro de los niños, le enseñó los rudimentos de la escritura y a hacer cuentas. Un compendio de conocimientos de la época, llamado Enciclopedia, le permitía asimilar una parte de esos conocimientos contenidos en ella.

El 16 de marzo de 1945, su padre falleció a los 38 años, como consecuencia de una neumonía aguda. Dos años más tarde, su madre murió también a los 38 años, el día de Navidad de 1947. Los 6 hijos, cuya edad del mayor era inferior a los 17, quedaron huérfanos. Los abuelos maternos, además de sus propios quehaceres, se ocuparon de ellos.

Como era la costumbre, César iba a la iglesia todos los domingos para asistir a la catequesis después de misa. A los 7 años, habiendo asimilado el catecismo, recibió la primera comunión de manos del Sr. cura, Don José, en el mes de mayo de 1948.

Tres años más tarde, su hermano Servando le dijo adiós para ir al noviciado menor de Cambrils. Lo sintió mucho puesto que se despidió de alguien que había sido su amigo y confidente. En 1952, con ocasión del Congreso Eucarístico de Barcelona, su abuela Aurelia tomó la iniciativa de acompañarle a la casa de formación donde se encontraba su hermano desde hacía un año. Esta nueva separación de los miembros de su familia provocó en él una visible conmoción. Su hermana Araceli lo recuerda:

– *Poco antes de salir de casa, cuenta ella, posó su maleta detrás de la puerta y se puso a llorar.*

– *Si no quieres marchar, le dijo su abuela, nos quedamos aquí.*

Pero él contuvo sus sollozos, cogió la maleta y, cabizbajo, se fue con la abuela hasta la estación del tren que debía alejarlo de la familia y llevarlo hasta Cambrils, a 800 kilómetros de su pueblo. Después de un largo y penoso periplo, fueron recibidos por su reclutador y su hermano Servando. Este último, en una solemne recepción en el comedor del noviciado menor, iba a ser, durante un mes, su ángel de la guarda. Este desempeñaba el papel de iniciador en lo tocante a las costumbres y el reglamento de la casa donde se encontraban con la intención de llegar a ser Hermanos de las Escuelas Cristianas.

2 – Primeros años de formación.

Desde los primeros meses de estancia en el noviciado menor de Cambrils, César tuvo que enfrentarse al examen de ingreso, preparatorio al bachillerato. Lo aprobó sin problemas y su director, el Hermano Felipe Andrés, le felicitó. Se adaptó rápidamente y con facilidad al reglamento y costumbres reinantes en este centro de formación. Todos sabían que era un hombre piadoso y se aplicaba mucho durante el estudio.

Dejando en un segundo plano los momentos de nostalgia, se dedicó plenamente a las actividades propias de una casa donde los novicios menores no piensan más que en recorrer las diferentes etapas que les preparan a ser un Hermano entregado a la enseñanza y educación de los niños.

Durante este período de formación, había dos aspectos más relevantes que otros. El primero, el de la vida espiritual en el cual César no tuvo muchas dificultades ya que le gustaba centrar su espíritu e incluso su corazón durante la oración, la santa misa, la lectura y los ejercicios espirituales. Tenía una devoción especial a Jesús del que había hecho un retrato conforme a las descripciones basadas en la lectura frecuente de los Evangelios. Él había retenido que el Redentor se había sacrificado para salvar nuestra pobre humanidad y que había resucitado, después de su muerte, para infundir esperanza en todos aquellos que había redimido. César reponía también fuerzas interiores teniendo una devoción filial a la Virgen María. Basaba su espiritualidad en estos dos pilares que constituyeron un fundamento sólido y le permitieron conservar un equilibrio estable durante toda su vida.

El segundo aspecto que debemos considerar durante sus años de formación es el relacionado con sus estudios académicos. En Cambrils, él dedicó una buena parte de su tiempo a asimilar, con seriedad y aplicación, las asignaturas que le permitían la obtención de buenas notas. Con relación a esto, uno de sus compañeros de la misma tanda, el Hermano Gildo Gregorio, dice lo siguiente:

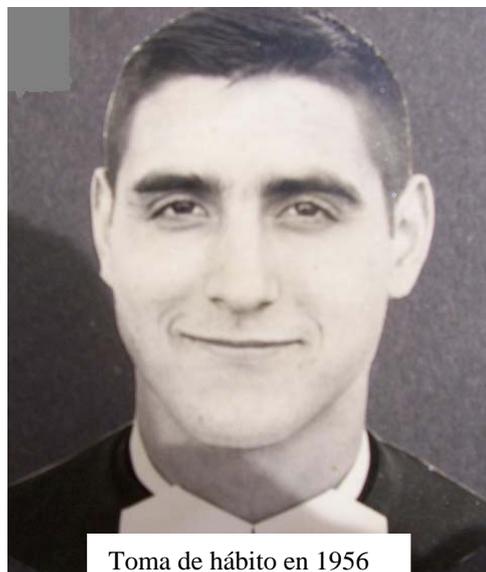
– Recuerdo el nombramiento de notas de clase: ¡siempre el primero! Era un memorión. Las mejores notas... pero sin inmutarse. Nada de creerse más que los demás, al contrario, siempre con su sonrisa sencilla... hale, otra vez el primero de la fila. Por lo que se ve, ya despuntaba una personalidad futura en donde la sencillez y la inteligencia iban de la mano.

Terminó esta primera etapa de bachillerato aprobándola. Luego, durante dos años, interrumpió sus estudios para dedicarse a una formación específica y propia de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. A finales de agosto de 1956, pasó a ser postulante. Junto con otros 25 compañeros de tanda, se puso a estudiar los escritos de San Juan Bautista de La Salle et intentó cumplir los preceptos de la Santa Regla. El 21 de noviembre de este mismo año, le declararon apto para vestir las libreas de la Congregación de la que quería formar parte. Fue cuando recibió la visita de 4 miembros de su familia más directa: 2 hermanos, su tía Tina y su abuela Aurelia. Estos tuvieron que hacer un viaje

largo, desde su pueblo, en la provincia de León, hasta Palma de Mallorca pasando por Barcelona.

– *Estuvimos con César muy pocas horas*, dice su hermano Fernando. *Nos hubiera gustado haber estado con él más tiempo. Quizás tuviera otras obligaciones más importantes.*

Claro que sí, porque empezaba su noviciado. Eso significaba: una vida de recogimiento, de oración y de meditación; una vida de austeridad, de sacrificio y de abnegación; una vida de lecturas piadosas y de vidas de santos, en particular la de San Juan Bautista de La Salle. Después de superar esta prueba, hizo sus primeros votos el 25 de julio de 1958. Ya era realmente Hermano de La Salle. No le quedaba más que perseverar como tal hasta la muerte.



Toma de hábito en 1956

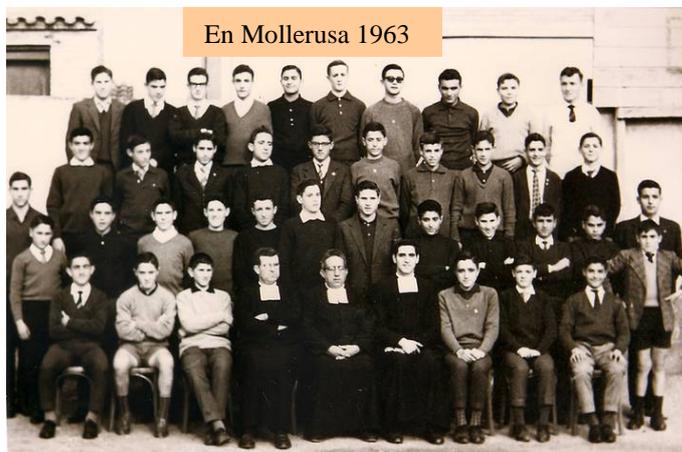
– *Amante de su vocación*, dirá más tarde Pedro de Lamo alumno suyo de Mollerusa y Premiá, *transmitía ilusión y seguridad.*

En septiembre de este año, fue a Cambrils para hacer su escolasticado donde concluyó la primera etapa de bachillerato. Aprovechó igualmente para reforzar su espiritualidad lasaliana y anclar su fe sobre principios religiosos sólidos.

3 – *Primeros años como profesor.*

Terminados estos años de formación, sus superiores, habiendo juzgado en él aptitudes apropiadas, lo mandaron a la comunidad de Premiá de Mar en 1960 y, después, a la de Mollerusa. Muchos de los aspirantes que pasaron por estas casas de formación veían en él un modelo a imitar.

– *El ha sido siempre para mí un referente, un modelo al que imitar en mi vida religiosa y escolar, escribe Pedro de Lamo uno de sus alumnos. Le recuerdo*



como un religioso educador íntegro. Fervoroso como el que más. Gran profesor, preparaba las clases con esmero y las explicaciones las hacía atractivas. Fue un profesor para todos, pero especialmente para los que el estudio nos costaba más. Muy paciente, comprensivo y respetuoso para con todos, inclusive con aquellos aspirantes de conducta difícil.

– *Para los aspirantes que hemos estado en Mollerusa, dice el Hermano Pablo Enrique que fue también alumno suyo, hablar del Hno. César es recordar a un Hermano emblemático para nosotros. Yo tuve la suerte de tenerlo como profesor en tercero y cuarto de bachillerato en los años 1963-65. Era alegre, servicial, muy entregado a la clase y a las diferentes actividades del aspirantado... Nuestra admiración por él era debido a su cercanía, jovialidad, servicialidad y religiosidad dado que ya veíamos en él a un Hermano muy espiritual.*

Siendo asiduo a las prácticas religiosas, a sus horas de meditación y de oración, tomaba, además, medidas para mortificar su cuerpo con intención de domarlo mejor. Más de uno de entre los que barrían regularmente el dormitorio de los aspirantes y la celda donde descansaba César, satisfacía su curiosidad hurgando en su cama. Es el Hermano Pablo Enrique quien lo dice:

– *El dormía con nosotros en el dormitorio. Su cama solamente estaba separada por una simple cortina. Cuando limpiábamos el dormitorio y también su espacio, mirábamos, con cierta curiosidad y admiración, el silicio que tenía guardado bajo la almohada.*

Otro aspecto resaltado por algunos aspirantes que lo tuvieron como profesor era su gran jovialidad y su buen humor. Estos dos rasgos del carácter del Hermano César tenían su origen en la propensión que tenía por la utilización de los deportes como exutorio y una manera de disminuir la tensión.

– *Era gran deportista y amante de la práctica de todos los deportes, cuenta Pedro de Lamo. Los aspirantes futboleros admirábamos su entrega y su gran deportividad.*

Y para completar esta panoplia de virtudes, me gustaría reseñar aquí los testimonios de Gregorio Castrillo, su alumno en el noviciado menor de Molle-rusa de 1964 a 1967, y el del Hermano José Antonio Porras que lo tuvo como profesor durante el curso escolar 1966-67:

– *De todos estos años, no recuerdo anécdotas portentosas ni deslumbrantes, salvo la más deslumbrante de todas: que era una persona buena para todos y todos lo calificaban así. En eso todos van a coincidir: que tenía siempre dibujada una sonrisa acogedora en su cara; que era humilde, sencillo, austero, servicial para todo y con todos y a todas horas. Que era una persona que procuraba pasar desapercibida, en segundo plano. Para arrimar el hombro, estaba siempre en el primer plano, fuera lo que fuera lo que hubiera que hacer. Alguna vez que tenía que plantarse y enfadarse, lo hacía con energía, pero el enfado le duraba justo lo necesario. Era un buen Hermano, un gran profesor, un compañero, un consejero, un deportista.*

En un diario que guardo, narro mi toma de hábito ocurrida en Granada el día 6 de octubre de 1968, y a la que acudía César para apadrinarme. De la ceremonia de la toma de hábito escribo en este diario: “De nuevo en la iglesia, se nos entregan el crucifijo y el rosario, y procedemos al abrazo. ¡Qué abrazo! Me acuerdo del de César que no pudo decirme nada por la emoción. El abrazo de un santo que invita a tratar de seguir el mismo camino que lleva a vivir en Dios y hacia Dios.”

Y lo que sigue es lo que dice el Hermano José Antonio Porras que pasó con él un tiempo en las casas de formación, sin notar el prurito de recurrir a comentarios fútiles:

– *Su rica personalidad me ha marcado, ya sea durante el trabajo o en horas de juego y de oración. No pude gozar de sus clases, pues me tocaba hacer tercero de bachillerato, pero supe por mis compañeros de quinto la ascendencia y buen maestrazgo que ejercía en ellos. En las actividades comunes, en el patio, en los pasillos, en la capilla, en el comedor, en el dormitorio, en la huerta, en la balsa o en la playa, en las excursiones o en los campos de fútbol, lo recuerdo como un hombre que actuaba con gran dinamismo, discreción y sentido de responsabilidad. Ejercía una gran influencia con su bien hacer y con sus palabras suaves, sentidas y convincentes. Resumiendo este tiempo compartido con él puedo decir que lo vi como un hombre delicado, entregado a su labor de educador, servicial, ecuánime, con gran capacidad de trabajo y de sacrificio; un buen modelo para futuros educadores.*

Finalmente, demos cierto valor a las palabras del Hermano Antonio Domínguez, también su antiguo alumno :

– *Tuve la suerte de tenerlo de profesor en el aspirantado de Mollerusa. Destaco de él su trato cordial, sus cualidades humanas, su buen hacer en clase. Parece que lo estoy viendo encerrado en uno de los despachos hincando los codos. Supongo que, como hemos hecho muchos de nosotros, al mismo tiempo que ejercía de profesor, estaría completando sus estudios.*

Destaco también su espíritu misionero ya que dedicó la mayor parte de su vida a trabajar en tierras africanas.

Desde 1998, en que un grupo de 10 Hermanos de todos los distritos hicimos el CEL en Madrid, nos reunimos a primeros de enero en Madrid. En uno de esos encuentros apareció tu hermano (venía del pueblo). En ese momento ya estaba luchando contra la enfermedad. Cuando hizo su entrada en el comedor, yo no lo conocí. En la mesa donde yo estaba, había un puesto libre. Se sentó a mi lado y me llamó muchísimo la atención que, después de tantísimos años sin vernos, aún se acordaba de mi nombre y apellido.

Para terminar, he de confesarte que considero a tu hermano un santo de pies a cabeza.

4 – Sus años de estudio en Salamanca.

Antes de iniciar la narración de esta etapa de su vida, quisiera recordar que el Hermano César, a la vez que aseguraba sus horas de enseñanza a los aspirantes de Mollerusa y de Premiá, dedicaba las horas libres en la preparación de sus exámenes de bachillerato y de COU. También debo recordar que el 25 de julio de 1965, hizo su profesión perpetua y ratificó solemnemente sus compromisos de servicio al Instituto y a la juventud, allá donde fuere enviado.

A partir de septiembre de 1967, se incorporó a la comunidad de estudiantes de Tejares (Salamanca) y pasó su examen oficial de magisterio. Luego inauguró una larga etapa de 5 años para concluir con la licenciatura de químicas. He aquí lo que dice al respecto el Hermano Justino Fernández:

– En aquella época, el centro La Salle de Tejares representaba un hito de gran renovación institucional y eclesial. Un grupo de Hermanos jóvenes de todos los distritos de España hacían su formación religiosa en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas, cursando el trienio de Teología. Al mismo tiempo, un grupo menor de Hermanos seguía estudios en la Universidad Civil de Salamanca. Entre ellos, el H. César Pan, junto con otros compañeros. Cursaba la carrera de Ciencias Químicas. Siempre sabía equilibrar las exigencias de su trabajo en medio de sus obligaciones.

Los moradores de la casa no éramos ajenos a todo aquel movimiento y, en los encuentros informales, siempre había ricos e interesantes comentarios a las muchas iniciativas que, desde allí, se promovían.

En César permanecía el fuego que animaba su vocación misionera que se hará ostensible en África al dejar el aspirantado de Salamanca.

5 – En comunidad en Bohicón y Daloa.

Atraído por la miseria material y espiritual reinante en muchos lugares del mundo, nació en su cabeza la idea de irse a países de misiones. La expresó a sus superiores que le propusieron formar parte de una comunidad africana necesitada de Hermanos. Le asignaron la de Bohicón (Benin). En 1972, un avión

le llevó al aeropuerto de Cotonou donde el Hermano Francisco Alert le salió a buscar.

– *En 1973, cuenta el Hermano Aloy, recibimos en Bohicón al santo Hermano César Pan. Al conocer su llegada al aeropuerto de Cotonou, el Hno Francisco Alert, entonces director de la comunidad y del colegio de Bohicón, se echó volando a la carretera saltándose una rotonda y pagando rápidamente la multa, tal era su alegría por la llegada del buen Hno. César.*

La primera gran dificultad que encontró, cuando inició sus clases en el colegio Mgr Steinmetz, fue el uso de la lengua francesa como medio de comunicación con los alumnos, los profesores y la gente de la ciudad. A lo largo de sus años de formación, no tuvo oportunidad de practicarla. Se puso luego manos a la obra y, en poco tiempo, se sintió a gusto durante las horas de clase.

El Hermano Aloy, en el escrito que me ha enviado, elogia el resultado de esta adaptación y de las ganas que tenía César de ser eficaz.

– *Licenciado en Químicas, el citado Hermano fue un puntal para nuestro colegio de Bohicón. Buen profesor, con autoridad natural, fue siempre muy apreciado por los alumnos. Todo bondad, él se ocupaba con mucho cariño de sus alumnos, especialmente los más necesitados.*

El Hermano Tomás Muñoz, que estuvo con él en la comunidad beninesa durante un año, hace del Hermano César un panegírico que no necesita comentarios. Esto es lo que dice:

– *En Bohicón, escribe, estaba ya tu hermano cuando llegué en 1977. Si de modo general, tengo de César muy buenos recuerdos (y solo buenos), de aquel entonces me vienen a la memoria algunos concretos, como su sentido evangélico de las cosas y de la realidad, su piedad teológica, su entrega y cariño a los alumnos, su sentido y vivencia de la pobreza y sencillez de vida, su amor al trabajo, su participación en las actividades del colegio-internado, su buen humor (aunque a*



En Bohicon 1974

veces mezclado con aquel tono melancólico e intimista que se le notaba, y que algunos comentaban que tal vez por su orfandad de pequeño). ¡Cómo recuerdo su sonrisa franca! César era realista y tenía iniciativas realistas; entre otras, la piscicultura de tilapias. Otra cosa que recuerdo de César es su formación intelectual, tanto en ciencias como en teología.

Uno de los criados del colegio (Mr Gustave Adjatin) encargado de los cuidados de la huerta y de mantener en buen estado el material del colegio y de las clases, elogia favorablemente a su amigo el Hermano César:

– Lo considero un excelente Hermano, me dijo en una ocasión algunos años más tarde. Era muy puntual y conversábamos con él muy sencillamente.

En 1977, Mr Kerekú, Presidente de la República de Benin, de tendencia marxista, decretó un cambio importante en el ideario del colegio Mgr Steinmetz. La gestión de este centro pasó a manos de personas afines al Presidente. La comunidad, desprovista del objetivo propio, fue reducida al mínimo. El Hno. César se fue a Costa de Marfil para contribuir en la fundación de una nueva comunidad lasaliana. Por este motivo los Hermanos que la componían, solicitaron, el 2 de junio de 1979, una bendición especial del Papa Juan Pablo II.

Muy Santo Padre: los Hermanos Olegario Peña, Francisco Martínez y César Pan, de la nueva comunidad de Daloa, humildemente imploran de Su Santidad una especial Bendición Apostólica como prueba de favores celestiales.

De su compañero, el Hermano Olegario tiene mucho que decir:

– Salimos juntos de la comunidad de Bohicón y fuimos a Daloa donde nos esperaba Mgr Coty. El colegio católico, gestionado hasta entonces por los padres del Sagrado Corazón, acababa de cerrar. El obispo había expresado al Superior General su deseo de ver los Hermanos de La Salle dar clase en él. Fuimos contratados los tres y el contrato preveía unos sueldos elevados. El Hno. César tenía, en su horario, algunas horas de química a la semana; el Hno. Paco daba clases de español y yo me hacía cargo de las clases de física y de matemáticas.

Además, tu hermano tenía, en una clase contigua al edificio de la comunidad, un grupo de una docena de mosis burkineses que querían aprender a leer y a escribir. César era un Hermano sencillo y muy dinámico.

También estuvo con él durante tres años el Hermano José Manuel Ruiz en la misma comunidad de Daloa. Quisiera insertar, a continuación, lo que dice del Hermano César:

– Desde el lejano 6 de octubre de 1982, en que me acogió en Daloa aquella noche tormentosa y lluviosa, hasta agosto de 1985, estuvimos unidos en tierra marfileña. Di respuesta a una invitación suya para ir a trabajar con él. Doy gracias a Dios por los años que allí pasé compartiendo con él la rica vida misionera. De él aprendí a sobrellevar el quehacer misionero con la alegría y entrega que le caracterizaba. Fueron unos años de sana convivencia y fraternidad lasaliana al máximo. Admiro su increíble e interminable entrega a las responsabilidades confiadas, especialmente en el antiguo colegio católico, actual instituto, y colaboración en catequisis y clases de formación, los fines de semana, con el grupo burkinés de los mosís donde se granjeó su simpatía y aprecio por su inculturación y entrega.

Sabía dar sin recibir y sin hacer ruido ni llamar la atención. Su palabra, su tiempo, su trabajo, sus servicios, extendiendo su mano y abriendo su corazón a todos. Pero mucho más a los más desfavorecidos, viviendo en perfecta coherencia sus compromisos lasalianos de “servicio a los pobres”. Interpelado por ellos, supo darles respuestas concretas dentro de sus posibilidades, acogiéndolos con cariño y respeto, sin distinción de etnias, dialectos, regiones o religiones. En su corazón, había acogida para todos. Comprensivo con sus problemas, intentaba ofrecerles alternativas a sus situaciones. De esta manera se convirtió en una persona respetada y querida por todos.

Con relación a los años pasados en esta ciudad marfileña, el Hermano Pedro Alberdi añade lo siguiente:

– Después de Bohicón, continuó su vida africana en el Liceo estatal de Daloa, como profesor de Química. Eran tiempos felices en Costa de Marfil con Houphuet Boigny. Estuvo pocos años y creo que fue muy feliz. Los Hermanos vivían muy bien y eran muy estimados. Optaron, con lo mucho que ganaban, por crear un centro de formación profesional en las afueras de Daloa, en Gbokora, para los chicos pobres y desescolarizados.

Dejó un recuerdo de profesor consagrado. En las familias pobres de los alrededores de la comunidad que visitaba, aquellos que eran niños entonces, se acuerdan

todavía con cariño del Hno. César que les visitaba sencillamente, dándoles caramelos y ropa.

6 – Estancia en Togoville.

Después de cumplir perfectamente con su misión de servicio y de entrega en la comunidad y una parte de la población de Daloa, el Hermano Visitador, Manuel Plumed, lo mandó a la comunidad de Togoville en 1985. Los primeros años, asumió la dirección del CEG de Notre-Dame du Lac. Más tarde, se hizo cargo de la dirección de la comunidad y de todo lo relacionado con el mantenimiento y el economato del centro lasaliano. Dispongo de varios testimonios que nos ayudan a palpar mejor la abnegación y el espíritu de sacrificio que acompañaban todos sus actos.

Empecemos por el del Hermano Jesús González que le tenía un singular aprecio y pone de relieve algunas de sus virtudes. Leamos una parte de lo que dice de él:



– Quisiera que estas palabras fuesen un homenaje póstumo a un buen amigo. En primer lugar, quiero decir que fue un hombre de Dios. De ahí dimanaban muchas de sus cualidades humanas. Quiero recordar que mi primer contacto, con el bueno de César, fue en Togoville.

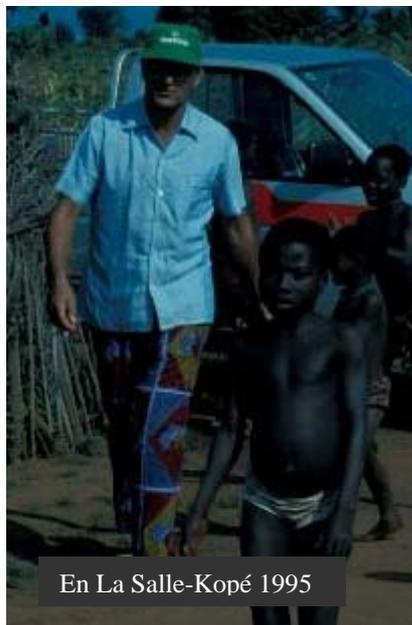
Corría el verano de 1988, cuando yo llegué destinado a este pueblo, a más de una hora de Lomé. Yo fui nombrado secretario del

colegio de bachillerato llamado Saint Augustin. El Hermano César era director del CEG Notre-Dame du Lac, es decir niños de 12 a 16 años.

Desde el primer momento, intuí que me entendería bien con él. De carácter pacífico, se llevaba bien con todo el mundo. Todos le hemos querido y respetado

pues no tenía ninguna malicia y era todo bondad. Nadie dudaba de su competencia en el trabajo.

Se prestaba siempre a ayudar y trabajaba en secreto y en silencio todo el tiempo. Era incansable. Era “bueno como el pan”. Su nombre y su vida hacen honor, con plena realidad, a la castiza expresión entrecomillada. La malicia no era su fuerte. Tampoco le oí criticar a nadie. Era, en este punto, muy delicado, yo diría, un santo.



En La Salle-Kopé 1995

El nombre de Pan se oía por todas las calles y esquinas de Togoville. Los niños conocían su silueta y repetían, en su lenguaje simple y expresivo, “Pan, Pan, Pan”. Era una manera de decirle “Hola, Hermano César”.

Los sábados por la noche, hacía felices a centenares de personas. Allí venían niños, mujeres, hombres, viejos, de todos los poblados próximos: César se encargaba de proyectarles una película en 16 mm que, previamente, el ecónomo retiraba cada viernes del centro cultural de la Embajada francesa en Lomé.

Siendo director y ecónomo de la comunidad de Togoville, en su despacho tenía dinero y, alguna vez, le robaron forzando la puerta. Una vez, la Nochebuena de Navidad, mientras asistíamos a la misa del gallo en la iglesia de la misión, los ladrones visitaron su habitación y maniataron y amordazaron al vigilante hasta casi matarlo.

Tenía especial amor a los animales, pues su espíritu era tan sencillo que parecía el “poverello de Asis” en casi todo, en su sencillez, austeridad, respeto de la naturaleza.

Para completar lo dicho, mencionaré su extraordinaria espiritualidad. Hombre de fe, un hombre que ha sabido encarnar, mejor que nadie, los valores evangélicos.

El Hermano Aloy estuvo con él varios años en esta comunidad de Togoville. El también guarda de su compañero un excelente recuerdo. Apunto una parte de su testimonio:



Piscicultura Togoville 1997

– *Estuve también con César en Togoville, donde fue director del CEG Nuestra Señora del Lago, sector correspondiente a las clases de sixième, cinquième, quatrième y troisième que culminan con el examen oficial del BEPC (Brevet de l’Enseignement du Premier Cycle).*

Quiero señalar los trabajos que se impuso para organizar una cooperativa para la piscicultura. Pasó muchas horas en la organización de los viveros, molino de viento, bomba para mantener el nivel del agua, alimentación de alevines, etc.. Todo ello a pesar de la gran falta de cooperación de los socios, dispuestos siempre a recibir pero reacios a compartir.

Todo bondad, el Hno. César se ocupaba con mucho cariño de los alumnos, especialmente los más necesitados. Todos estamos convencidos de que el Hno. César ha entrado en el cielo “con los zapatos puestos”.

El Hermano Pedro María Astigarraga ha querido aportar su granito de arena en esta semblanza de César diciendo lo siguiente:

– *Cuando llegué a Togoville, en octubre de 1995, después de haber terminado mis 8 años y pico en Tami y haber tenido un año de reciclaje, César era director de la comunidad. Era, para todos los Hermanos, un buen ejemplo, como hombre de piedad y de vida austera, siempre buen animador de la vida comunitaria.*

Para los alumnos y los habitantes de Togoville, un Hermano lleno de ternura para los más necesitados. Tanto es así que, a veces, la gente abusaba de su generosidad. Cuando en 1997 terminó en Togoville, yo fui responsable de la animación comunitaria, intentando hacerlo como él que, para mí, fue siempre un Hermano admirable.

El Hermano Pedro Alberdi fue también miembro de la comunidad de Togoville y resume la actitud de César, su comportamiento y su vida ejemplar de este modo:

– En Togoville, dice Pedro, fue director del CEG Notre Dame du Lac. Consagrado, hizo posible la escolarización de los niños y niñas de los poblados de los alrededores del colegio. Se preocupaba por ellos y les buscaba becas de Proyde y otras entidades de España para ayudarles a pagar matrícula, materiales y libros. Llevó la dirección del colegio a su estilo, sencillamente y con buen ambiente escolar. Disfrutaba de ello.

Ayudaba a los pobres del pueblo de Togoville e introdujo la piscicultura cerca del lago. A veces tuvo disgustos a causa del egoísmo de los jóvenes. Amaba a los pobres y sufría por ello.

Creo que no le importaba mucho el cuidado de sí mismo. Era austero. Daba todo lo que podía. Cuando yo fui responsable de Togoville, sentí que César no tenía enemigos personales.

Siempre fue un Hermano comunitario, simple en todo su vivir, amante de la vida del pueblo llano, de sus tradiciones y su progreso. Se le veía rodeado de chicos en idas y venidas.

7 – Vida comunitaria en Tami y Dapaong.

Después de más de 10 años de apostolado y de trabajo fructífero en Togoville, donde dejó huellas indelebles, sus superiores juzgaron conveniente conceder a César un año de descanso. Sus numerosas recaídas por ataques palúdicos lo habían debilitado mucho y era aconsejable que cesara, por un tiempo, sus actividades habituales ligadas a sus responsabilidades y a su profesión de educador.

En 1997, fue incluido en la lista de Hermanos que formaban parte de la comunidad de Tami. El cambio era sensible y el ambiente, como todo lo que le rodeaba, diferentes de los de Togoville. Sin embargo, no tardó en adaptarse y en integrarse completamente al medio rural. Además de la convivencia plena con los “stagiaires”, le confiaron las compras en la ciudad y el mantenimiento

de la casa. Programaron asimismo la construcción de una capilla. La comunidad le confió la supervisión de la obra. Puso toda su experiencia y su saber para que el lugar de oración y de meditación fuera lo más agradable posible.

También se ocupó del seguimiento de las guardianas y de los niños de los “stagiaires”: les acompañaba con frecuencia por los caminos de la finca agrícola y jugaba con ellos. Miro, de vez en cuando, una secuencia filmada en una de las eras donde se trillaba y donde vigilaba los partidos de fútbol. Sin duda, los niños que jugaban con un balón desinflado se acordarán de él como alguien que les tenía un afecto muy especial.



En una sukala de Tami 2002

– *Cuando estuvo en Tami, junto con Servando, cuenta el Hermano Felipe, ayudaron a bastantes campesinos de la región a construir sus casas con cemento y chapa para que resistieran las tormentas tropicales. En este mismo lugar, ayudaron a la escolarización de niños, niñas y jóvenes.*

Y como este Hermano le conocía bien, prosigue su panegírico de este modo:

– *Si tuviéramos que resumir en una frase el carácter de César, diríamos: “Era un hombre bueno”. Esa bondad que salía de él hacía que todos nos sintiéramos bien a su lado. Yo nunca oí a César decir nada malo de nadie. Era un hombre profundamente espiritual. Quizás era donde encontraba la fuerza para ayudar y solidarizarse con los pobres y los abandonados. Esa misma fuerza le daba ánimos en los momentos duros de la enfermedad y aceptaba su situación sin desánimo ni miedo.*

En 1998, aceptó el cargo de director del colegio Saint Athanase y de la comunidad de Dapaong. Puso manos a la obra con pleno conocimiento de sus responsabilidades y los más eficazmente posible. Respecto a esto, tenemos algunos testimonios:

– César no era un hombre de discursos, añade Felipe, más bien solía hablar poco. Su ejemplo y su manera de hacer hablaban alto y claro. Para todos los que le conocimos, fue un ejemplo de entrega, de fidelidad a unos ideales humanos y religiosos.

Los alumnos le apreciaban y recordaban como un buen maestro. El prefería estar con los más pequeños. A pesar de su licenciatura, nunca buscó dar clase, en exclusiva, a los “grandes”.

En Saint Athanase, César siempre tenía la puerta del despacho abierta y en la baranda nunca faltaban los chiquillos del barrio de Tantigou Peulh y siempre encontraba un lápiz, un boli, un cuaderno o un caramelo para ellos.

El Hermano Jesús González, que también pasó con él un tiempo en Dapaong, guarda un excelente recuerdo de sus vivencias y no regatea los elogios. Sus impresiones quedan resumidas de la siguiente manera:

– Ya en Dapaong, dice, lo tuve de director un año, allá por el 97-98. Todos los niños le querían y, además, les dejaba subir a los árboles del centro para cortar ramas secas. Aunque este extremo a mí no me gustaba, él seguía en sus principios evangélicos de acoger a los niños. No tenía ningún conflicto con nadie. Si tenía un “punto débil”, siempre zanjaba a favor de los pobres.

Para terminar, diré su gran espiritualidad. Hombre de fe, hombre que ha sabido encarnar, como pocos, los valores evangélicos. Yo estoy convencido de que todos sus valores de servicio, trabajo, amor a los niños y jóvenes dimana de su relación con Dios en la oración.

Antes de acabar este capítulo, quisiera insertar el testimonio de Lamboni Batablinle, nacido en un pueblo llamado Kpadoane, a unos 40 kilómetros al este de Dapaong. Fue alumno de César en Saint Athanase de 1998 a 2002 y terminó con éxito su etapa de bachillerato antes de iniciar su carrera universitaria. Si consiguió su licenciatura en Ciencias físicas, fue gracias a nosotros que le hemos ayudado y animado. Actualmente, es profesor en un instituto de Atakpamé. Esto es lo que dice de su director y maestro:

– Conocí al hermano César en septiembre de 1998 cuando entré en clase de seconde. Era mi director de colegio e incluso mi profesor de ciencias. Mencionaré

algunos rasgos de su carácter: compartía con orgullo sus conocimientos científicos con los alumnos; les quería mucho y tomaba medidas para que todos comprendieran lo que enseñaba. Cuando estaba en clase, el ambiente era bueno. Era uno de los profesores más queridos. Le llamábamos “venga, venga” por lo mucho que utilizaba esta expresión. Durante las clases de religión, nos exhortaba a amarnos los unos a los otros, a compartir lo que tuviéramos con los demás, a temer a Dios. Todo eso nos marcó.

Humanamente hablando, César era el papá de los alumnos. Muchos de nosotros íbamos a verle para conseguir algo que comer (arroz, maíz, aceite). Yo me acuerdo bien de esto: cuando entraba en su despacho para saludarle, me decía: “¿Qué comiste por la noche?” Yo le respondía: algo de puré, Hermano. Y añadía: “si acabas la comida, ven a verme”. Eso quedó grabado muy dentro de mí, puesto que yo había tenido una infancia difícil habiendo perdido muy pronto a mi padre.

El no se ocupaba solo de los alumnos, pensaba también en los enfermos, pequeños y mayores. Entraba en los hospitales para dar su apoyo moral y material a algunos enfermos, sobre todo los que tenían enfermedades vergonzosas como el SIDA o la tuberculosis y se sentían abandonados. Los sábados los dedicaba a la limpieza del colegio y luego daba una vuelta por el barrio, con algunos regalos en una bolsa. Le acompañaban algunos niños que gritaban “yovó, yovó, bonjour” (blanco, buenos días). El domingo iba, con los demás Hermanos, a Tamí después de la misa de las 7. El lunes por la mañana, llegaba el primero al colegio para planificar las actividades de la mañana.

En 2002, salí del colegio con el BAC para inscribirme en la Universidad. Fui a su despacho a decirle adiós y con un apretón de manos me dijo: “Lamboni, mucho ánimo y buena suerte”. Emocionado, le respondía: “gracias, Hermano”. Desde ese día, no volví a ver físicamente a César. Este hombre merece todos los honores. Recemos mucho para que Dios le acoja en su casa.

Actitudes como ésta le daban fuerzas para superar el cansancio que se iba acumulando con el paso del tiempo. Desgraciadamente, el clima caluroso de Dapaong acompañado de humedad algunos meses fue debilitando su salud. Esta sufrió un grave deterioro, como él mismo lo dice en una carta que escribió a su primo Gregorio, el 2 de enero de 2003.

– Desde el 22 de diciembre, estoy en convalecencia, aquí encerrado en mi cuarto. Tuve una fiebre muy alta y que venía de atrás: paludismo, anemia y una bronquitis o principio de neumonía, junto con una fatiga acumulada, que ya es tradición en mi vida. En fin, la cama, las medicinas y el cuidado cariñoso de mis Hermanos y de unas monjas que han ido mermando la fiebre y me voy recuperando. El lunes, día 6, reanudamos las clases y creo que podré reincorporarme a mis quehaceres de los colegios.

Semanas más tarde, tuvieron que llevarlo a Nadyundi (Togo) y, después, a Tanguieta (Benin) donde la Hermana Pilar y el Hno. Florencio tomaron medidas para rehacer su salud.

– Me viene a la memoria, escribe el Hno Felipe, lo que me dijo la Hermana Pilar Serrano sobre César, que era uno de los mejores pacientes que ella había conocido. Hacía y aceptaba todo lo que se le decía.

Una enfermedad grave alcanzó de lleno la médula ósea de este paciente. Todos los que le rodeaban o cuidaban de él trataron de convencerle que solo en España los especialistas podían tratar su enfermedad y reponer su salud muy deteriorada.

8 – Gravemente enfermo.

El mes de abril de 2003, tuvo que salir precipitadamente de Dapaong y viajar a España para ponerse en manos de médicos competentes. Llegado a Madrid, unos cuantos análisis dieron a los médicos la pista de la enfermedad que le impedía llevar una vida normal. Su anemia galopante tenía que tener una explicación. Ocho hematólogos se ocuparon de la anomalía severa existente en su organismo. El director del equipo médico, el doctor Rañada, le dio cita a una hora precisa.

– Con tan pocos glóbulos rojos (algo más de 2 millones) en su sangre, está usted todavía vivo? le dijo.

– Sí Doctor, todavía lo estoy.

– *Tiene un mieloma múltiple, precisó. Dicho de otro modo, tiene usted un cáncer de médula ósea. Le vamos a aplicar un tratamiento que tendrá, sin duda, algunas secuelas pero, con el tiempo, podremos rehacer algo su médula.*

Y César aceptó, lo que el Doctor acababa de proponerle. La quimioterapia, a la que fue sometido, tuvo efectos inmediatos. Al cabo de varias semanas, las constantes vitales del enfermo se acercaban a los valores normales y su



Enfermo en Madrid 2004

moral inició una visible subida. Fue entonces cuando la doctora Patricia Font le propuso a César pasar una temporada en su tierra natal donde un clima favorable, una alimentación apropiada y un ambiente familiar tendrían efectos positivos.

Al cabo de un año, su salud casi restablecida le permitía realizar actividades en los servicios de Proyde de Madrid. Los compañeros que formaban parte de la comunidad dan su punto de vista sobre la evolución de la enfermedad del Hno César y de su comportamiento durante esta etapa llena de sinsabores. Uno de ellos, el Hermano Tomás

Muñoz residía con él en el Centro Regional. Estos son sus comentarios:

– *Coincidimos César y yo en Marqués de Mondéjar, cuando el pobre pasó aquel calvario. Pero César era el mismo: un Hermano sencillo, austero, paciente... Tal vez la enfermedad lo hizo más reservado, pero mostraba su agradecimiento por todo cuanto se hacía por él. Un pormenor extraordinario me viene a la memoria: César fue saliendo de aquel “hoyo” no solo por la medicación y las sesiones de quimioterapia, sino también por aquel entusiasmo (en su sentido primero y auténtico: “entheusiasmos”) que le inyectaba el imaginar que, si se curaba, pronto estaría otra vez con sus niños africanos de Akwaba. Yo creo que César soñaba con ellos. Y puedo concluir diciendo que el Señor lo ha tomado de ese hermoso sueño.*

El Hermano José María Martínez va también en ese sentido cuando habla de los conversaciones que mantenía con él entre sesiones de quimioterapia en le clínica Moncloa de Madrid.

– *Recuerdo, dice este Hermano, tus momentos de charla en los que te preguntaba por “qué nueva teoría vas a salir”. Y tú, ni corto ni perezoso, soltabas una frase: “mira, lo único importante es que nos queramos”. Y siempre tenías el archivo lleno para conversar en este plan amable y sencillo.*

Y luego, tras tus sesiones de quimio, te entraba la prisa por marchar, por encontrar a tus chavales. Y te ibas en cuanto el médico te daba luz verde. Tenías en tu interior el gusanillo de ese amor que predicabas. Gracias, César, por tu ejemplo, tu sencillez, humildad y fraternidad.

Él mismo describía en qué estado de alma y de cuerpo se encontraba, en una carta enviada a su primo Gregorio con quien mantenía relaciones epistolares con cierta asiduidad. La carta está fechada el 3 de agosto de 2003.

– *Y yo ¿cómo estoy? No sé qué decirte. Ahora mismo tengo un poco de desazón en mi cuerpo, pero voy recuperando el apetito y las ganas de beber agua. He pasado tiempos de apatía y sequedad de todo tipo y de un malestar difuso pero molesto. Hasta Dios que, dentro de mí, a veces parece lejísimos y no dice nada. Pero no he perdido mi impulso interior y creo que he ganado en fe y optimismo.*

He hecho ya dos sesiones de quimioterapia y parece que van haciendo su cometido. Después de cada sesión, he pasado una semana de una “quietud corporal” tal que me hace sufrir bastante, no se cómo decírtelo. Ahora, a mediados de agosto, tengo la 3ª sesión (unos 5 días en la clínica). Y, según los médicos que me cuidan, después de un chequeo general, tendré otras 3 sesiones: septiembre, octubre y noviembre. Y después, Dios dirá. Así que me despido de África hasta el verano próximo, si Dios quiere que me cure bien. Me he sentido acompañado por toda la familia. Entre sufrimientos, algunas lecturas y ratos de cama, análisis y sesiones, se me pasa este tipo de vida. Lo importante es que he ganado en paz interior.

En el mes de diciembre de este mismo año, días antes de las fiestas de Navidad, da a su primo noticias de su salud. Esto es lo que, en esta ocasión cuenta:

– *Te escribo esta carta con letra temblorosa. Estoy en Santibáñez desde hace una semana, aquí al lado de la calefacción. Aprovecho para desearte paz y felicidad en estas Navidades y para el año nuevo.*

Por lo que a mi salud respecta, parece que el organismo va recuperando lentamente, por lo menos en algunos aspectos. Me quedo sin fuerzas después de cada sesión de quimioterapia y, cuando me repongo de una sesión, me espera otra. Ya llevo 7 y de seguro que, poco después, seguirá la octava. La incertidumbre de esta situación influye en mi estado de ánimo. Solo pido al Señor que acepte lo que El quiera y me de fuerzas en todo momento. Hará pronto un año que estoy así y siento especialmente las molestias que he ido causando a todos los que me han atendido con tanto cariño.

A medida que pasaba el tiempo, los médicos se daban cuenta de que el tratamiento aplicado no producía los efectos previstos. Intentaron otra manera de frenar la enfermedad y de rehacer la médula del paciente. Le sometieron a una sesión especial que consistía en hacer circular su sangre a través de una máquina que seleccionaba una muestra de células de la médula en buen estado. Un especialista tenía después la misión de obtener un cultivo apropiado que volvería a ser introducido en la corriente sanguínea del enfermo. Los resultados no tardaron en manifestarse. El propio César hace alusión a este leve mejora en una de sus cartas enviada a Gregorio el 30 de mayo de 2006.

– Tengo la enfermedad al mínimo y solo queda matarla. Al decir de los médicos, es poco probable, pero pudiera ocurrir. Aquí sigo con un nuevo tratamiento, y si me sale bien, me incorporaré a África. No es oficial, pero quizá me iría a Abidján, Costa de Marfil, a un centro de acogida de niños de la calle. Me encantaría estar con ellos y ayudarles en lo que pueda, aunque solo sea quererles un poco.

No quisiera terminar este capítulo sin insertar dos testimonios: uno, muy emotivo, de su director y compañero de comunidad, el Hermano Joaquín Gasca; otro, del hermano Justino Fernández que estuvo con él un tiempo en Madrid.

Este es el primero:

– Conocí a César en Pont d’Inca, cuando él estudiaba 4º de bachiller y yo 3º. Las discusiones con él, durante el recreo de la noche después de cenar, eran entretenidas y vivas.

De 1955, dando una pirueta en el tiempo, saltamos a 2003. Su figura, a pesar de su estado enfermizo y debilitado por le enfermedad, era la misma. No me costó

un segundo reconocerlo. Y aquí de nuevo recordé al César de muchacho, fuerte, decidido. Aquí he encontrado a un hombre que supo hacer frente a la enfermedad y, tras tres años, volvía a su mundo africano. ¿No sería ese impulso, ese aliento de estar con los niños pobres, lo que le hacía triunfar de su enfermedad?

Era inútil decirle que esperara, que se... ¡Qué pinto yo aquí! ¡Allí me necesitan!, exclamaba con decisión, casi enfadado pero con una sonrisa. Aquí le vi también como un hombre interesado por la ciencia, la historia, la cultura. Leía y mucho. Aprovechaba los tiempos de ocio que su recuperación le ofrecía. Aquí vi al hombre, al Hermano sencillo, desprovisto de todo. En cualquier momento podía recoger su hatillo y a otro sitio... La mies es mucha.

César fue un hombre fuerte, pero sin duda hallaba fuerza en el Señor. Ahí estaba en capilla a las horas de oración. Siempre estuvo dispuesto a animar la oración de la comunidad, y lo hacía desde una mentalidad de compromiso.

Su cultura teológica –muy abierta– sin duda era la base de su vida íntima con Dios. Con frecuencia solía plantear temas ético-teológicos y, había que ver con qué energía defendía sus principios.

En la vida, hay que dar gracias por muchos motivos. Y yo tengo uno: César. Creo que nos ha dado una gran lección a los Hermanos de la comunidad de Acogida en el Centro Arlep. Y, como decía el poeta, cuando un amigo se va...pero para mí no te has ido. Estás aquí, estás con tus niños de la calle.

Gracias César.

Y éste es el del Hermano Justino Fernández:

– En esta etapa de mi larga permanencia en Madrid es cuando he tratado más directamente al Hno César Pan y a los Hermanos misioneros que compartían con él la misión, en el entonces Subdistrito del Golfo de Benin.

César pasó varias temporadas incorporado a la Comunidad del Centro Nacional La Salle, recuperándose de su salud. Se le consideraba como uno más, pues era muy transparente y fraterno y se hacía querer por todos. Era un fiel colaborador para los servicios que nunca faltan en una casa de acogida, Y cuando le sobraba tiempo, colaboraba en Proyde, estudiaba inglés e incluso daba alguna clase de francés.

Siempre sentí la cercanía y el agradecimiento del Hermano César por la solicitud y la dedicación que él veía en mi persona. Efectivamente, la salud de César fue con frecuencia la preocupación del H. Visitador y de los Hermanos de la Comunidad. Los doctores médicos se alegraron mucho por recuperar a César el cáncer de médula ósea que padecía, mediante el tratamiento con células madre, alegría que compartimos todos los Hermanos.

Una vez recuperado del cáncer, lo ideal no era volver a África para afianzar su salud. Los médicos, el H. Visitador y cuantos conocíamos sus inquietudes se lo aconsejamos. Pero César no se arredraba y se mostraba tozudo en su decisión. Se mantenía firme y se decía a sí mismo: ¡Y qué voy hacer aquí! Lo importante estaba en su “Foyer de Akwaba”... Le preocupaban, más que nada, aquellos niños necesitados y ausentes de cariño. Estaba totalmente hipnotizado e identificado con sus niños de la calle que dejaba en Abidyán. No le importaba su salud ni su futuro.

Efectivamente, el H. César fue recuperado de cáncer y no murió de cáncer. Los médicos que le trataron y la medicina pueden estar tranquilos e incluso contentos. Murió de tuberculosis. Tal vez él no esperaba morir de esa enfermedad pero tenía que ser así: morir de la misma enfermedad de la que mueren los niños de la calle de los barrios de Abidyán con los que él se sentía identificado.

9 – Con los niños en dificultad.

Una vez que el hematólogo, encargado del seguimiento de la enfermedad del Hno. César, le diera el permiso tan deseado por él, dijo adiós a su familia y a sus Hermanos de Madrid y se marchó a Abidyán con el fin de prestar servicio y dedicarse a la misión que siempre tuvo en África: la educación de los niños y especialmente la de aquellos que tenían serios problemas en su vida.

Por deferencia, a César no le gustaba el apelativo “niños de la calle”. Prefería calificarlos de “niños en vías de reinserción”, expresión que se ajustaba mejor a los pasos que daban estos jovencitos, acogidos en Akwaba con el objetivo de ayudarles a reintegrarse en la sociedad pasando por la familia.



Se fue pues a Costa de Marfil. Lo acogió su Hno. director con mucho afecto y tomó medidas para que su adaptación a este nuevo medio se realizara sin traumas. La vida en esta nueva comunidad tuvo el efecto de un unguento que calmaba las secuelas, siempre latentes, de su enfermedad. César se dedicó de lleno a su misión educativa cerca de los jóvenes y a sus obligaciones religiosas. El Hermano Jesús González lo afirma:

– *Ya en Costa de Marfil en el barrio de Abobo, dice Jesús, trabajando con los niños de la calle, vi su buen hacer con ellos y especialmente con los hijos de los vecinos del barrio. Allí organizaba cursos de alfabetización para toda aquella chiquillada. Y eso a pesar de su mieloma que le debilitaba día tras día, sobre todo después de su regreso de Madrid, al cabo de un año o dos de tratamientos quimioterapéuticos y demás. Daba gusto verle en medio de ellos a todo momento, incansable y cariñoso siempre. Yo le repetía mi frase de siempre: “¡César, descansa! Pero la res-*

puesta era su leitmotiv consabido: “Ya descansaremos allá arriba”, señalando con el dedo hacia lo alto.

Fui testigo de su gran espiritualidad. Hombre de fe, hombre que ha sabido encarnar como pocos los valores evangélicos. Yo estoy convencido de que todos sus valores de servicio, trabajo, amor a los niños y jóvenes dimana de su relación con Dios en la oración.

Que Dios recompense tanto servicio y entrega a los más pobres de la bendita tierra africana que sufre como ninguna y que bien lo sabemos los que conocemos la realidad en la que está inmersa.

El Hermano Pedro Alberdi, siendo director de la comunidad de Daloa, visitaba a César con frecuencia. Podía pues darse perfecta cuenta de su vida y de sus relaciones con los demás Hermanos y de los niños que residía en el Foyer o que iban a la escuela primaria contigua. Lo que sigue es parte de su testimonio:

– Estando yo mismo en Daloa, le visitaba en Akwaba, en mis trámites a Abidyán. Le veía como siempre, consagrado a sus niños de la calle en cuerpo, alma, vida y corazón, con aquella su manera de hablar especial un poco trascendente siempre, haciendo todo lo que podía a sus años con una salud deficiente.

Si me dijeran de caracterizar a César, diría que “Dios se hizo persona en él, que era inimitable y único. Fue de Dios y para Dios, en y para los niños pobres.

Para mí, César, con quien siempre me entendía totalmente, fue un amigo Hermano que me ayudó silenciosamente con su coherencia de vida y de ser. César trabajó también en mi vida de entrega para los demás. De eso he dado gracias a Dios muchas veces. Doy gracias a Dios por haberme deparado, en el camino de mi vida, a un hombre sin pretensiones de egoísmos personales, sencillamente consagrado a los más pequeños y los pobres, como Jesús.

El joven Salifou, que forma parte del grupo de tutores de este centro de acogida, nos habla también del buen comportamiento y de la integridad del Hno. César, habiendo compartido con él esta misión de reinserción de jóvenes marfileños en la sociedad que los ha marginado. Emplea un lenguaje propio del barrio donde vive.

– *El Hermano era una persona de bien, amable, trabajador, tranquilo y servicial. Era un pilar sólido del Foyer ya que desempeñaba un papel importante. Como educador, le gustaba su trabajo y sabía hacerlo. Los niños estaban a gusto con él. Además de las clases que daba, les enseñaba a dibujar. Ayudaba a los jóvenes del barrio que solicitaban su ayuda en los estudios.*

Al Hermano César le gustaban las flores, las plantas y los animales. En el centro se ocupaba de todo ello. Regaba y podaba cuando hacía falta. Recogía la fruta de los árboles con ayuda de algunos niños. Los trabajos de limpieza se hacían bajo su vigilancia y lo hacía muy bien.

En sus cartas, ha descrito el ambiente lamentable en el que vivía. Inserto aquí un párrafo sacado de una carta muy larga que envió a Gregorio Castrillo el 26 de mayo de 2007.

– *Acabo de entrar del paseo por las calles del barrio y me queda un sabor amargo, una mezcla de tristeza y de impotencia: la cantidad de “humanidad” que deambula por ellas. Es impresionante ver cómo viven los chavales, parece que contentos, en estas calles, en medio de la basura y de los tenderetes donde hay de todo. Los de casa, se han ido a sus chozas hasta el lunes. Es uno de los medios para que se reconcilien con sus familias y se inserten, más tarde, para no volver más a la calle. Es complicado pero sigue siendo nuestro objetivo.*

Tres meses más tarde, en otra carta a su primo, dice que se siente a gusto en esta comunidad y que intentaba superar los inconvenientes acarreados por la medicina que tenía que tomar todos los días:

– *Aquí estoy como pez en el agua. Hemos empezado las clases y el trabajo con estos chicos. Me encuentro bien pero tengo que tomar un medicamento especial y hacerme unos análisis para mandarlos a Madrid. Mientras tanto, haré lo posible para no pensar demasiado en la enfermedad que me sigue allá donde vaya y comportarme como si no tuviera nada.*

Aficionado a la astronomía y la meteorología, consignaba, en grandes agendas que le regalaban los días de Navidad y que guardo como una reliquia, las incidencias cotidianas más destacables. Como por ejemplo, el 26 de febrero de 2011 escribe con caracteres grandes: T (de temperatura): 21°; H (de hume-

dad): 75%; cubierto, lluvioso (lluvias intermitentes). Noche de tiros todo alrededor.

Esta última observación da una idea de la situación bélica en el barrio de Abobo donde Hermanos y niños corrían el riesgo de recibir una bala en la cabeza o una chirla de obús en los tejados.

Teniendo en cuenta las amenazas del exterior y la inseguridad en las que vivían los residentes de Akwaba, la comunidad tomó la decisión de salir pidiendo del centro y de ir a un lugar más seguro.

En la misma agenda, en la página del 27 de febrero, anota lo siguiente: *“huida al CELAF de madrugada, por culpa de la guerra. Exodo de la gente del barrio ¿Hacia dónde? El centro estará cerrado mientras dure esta situación”*. Y a partir de ese día, las páginas quedaron en blanco hasta el 1 de septiembre cuando volvió a escribir: *“Regreso de España, después del tratamiento (trombo) y de las vacaciones en el pueblo (Santibáñez de la Isla)*.

El día siguiente, empieza de nuevo sus anotaciones meteorológicas y de otro tipo: *“Tiempo nublado todo el día. El Hno. David viene a nuestra comunidad. T: 25°; H: 65%.*

Por las Navidades de 2012, recibió otra agenda en la que anotará las incidencias hasta el 26 de febrero día que tiene escrito lo siguiente: Enfermo (clínica). El 28 garabateaba las palabras: Enfermo (hacia Saint Miguel). El 29: CELAF, vuelta a Akwaba. Un mes después, el 29 de febrero, anota con boli rojo: Enfermo (clínica). Y después, nada. Tenía, sin duda, la intuición de que su agonía había empezado, así como un verdadero víacrucis. Era un requisito necesario si quería entrar en el reino de los cielos.

10 – Cómo he vivido yo la agonía de César.

Después de fallecer el 2 de mayo de 2012, tomé la decisión de asistir a las exequias de mi hermano. Pasé 8 días en Abidyán embargado con frecuencia por la emoción y, en secreto, era incapaz de contener las lágrimas. En los momentos de mayor serenidad y en el mismo cuarto donde César había exhalado su último suspiro, puse por escrito mi estado de ánimo. Este fue el resultado:

Ya son tres los meses que vivo momentos de angustia y otros de esperanza y de optimismo. Mi ser entero se ha visto alterado por una emoción profunda, difícil de contener. Cuando dos personas se quieren y que una de ellas está a punto de exhalar su último hálito, la otra tiene la sensación de que los lazos afectivos que les unieron, durante muchos años, se rompen uno tras de otro. Voy a intentar describir las diferentes etapas por las que he pasado.

El 26 de enero de este año, mi hermano César fue ingresado en una clínica de Abidyán a causa de una oclusión intestinal. Le sometieron a una operación de limpieza cuyos resultados fueron satisfactorios pero cuyas secuelas le apartaron provisionalmente de sus actividades habituales en el Foyer de Akwaba, en Abobo, un barrio de Abidján. Después de esta delicada intervención, le aconsejaron unos días de reposo que él aceptó de buen grado. Dedicó sus horas libres a la lectura y a pasear por las sendas del Centro de Estudios Lasalianos Africano que yo conocía bien.

– *Estoy en el CELAF*, me dijo al inicio de una conversación telefónica que tuve con él. *Estoy bastante bien y espero volver pronto a mi comunidad.*

Era un pequeño consuelo y me hice a la idea de que no era más que un episodio, malo por cierto, pero que presagiaba una recuperación rápida de su salud, dañada por los sinsabores inherentes a una vida consagrada al servicio de los demás en tierras africanas. Por desgracia, no fue más que un espejismo pasajero. Semanas más tarde, se enfrentó a otra recaída cuyas consecuencias originarían el estado agónico que tendría un desenlace fatal.

A finales del mes de febrero, fue víctima de una de las enfermedades que ha causado y sigue causando tantas muertes en poblaciones de regiones pobres en países subsaharianos: la tuberculosis. Sin duda, fue el resultado de la merma de las defensas de su organismo a causa del cáncer del que padecía, por una parte y de la oclusión intestinal, por otra. Como estaba en permanente contacto con los niños del Foyer y con los que se paseaba por las calles de los alrededores, debió introducir en sus pulmones el nefasto bacilo de Koch. La temible enfermedad le alcanzó de lleno.

Fue ingresado en un hospital de Deux-Plateaux, uno de los barrios más ricos y dotados de servicios sociales de la capital marfileña. Le sometieron en-

seguida a un tratamiento específico para controlar la infección que tantas muertes ha causado en el mundo.

Un día, recibí una llamada de parte de su director, el Hermano Quique, con quien me une una gran amistad.

– *Tu hermano está en el hospital desde hace unos días, me dijo. Tiene una infección pulmonar. Te lo paso.*

– *Estoy algo mejor, gorjeó él al teléfono con una voz que salía, apagada, de sus pulmones deteriorados.*

La palabra infección parecía entrar en mi mente de manera poco alarmante y dejaba la esperanza de que mi hermano superaría esta prueba al cabo de pocos días. Cada segundo día podía oír la voz de Quique y la del enfermo, prostrado en una cama de hospital que intentaba balbucear palabras incomprensibles.

– *Se está recuperando muy poco a poco, decía Quique. Nos ocupamos de él. Médicos competentes lo cuidan y puede que llegue a curar.*

La última semana del mes de marzo, fui a Madrid para tratar un asunto importante con la ONG Edificando y es cuando me informaron sobre la verdadera enfermedad que socavaba la salud de César. Se trataba de una tuberculosis pulmonar. Recibí la noticia como un jarro de agua fría y reducía sensiblemente la esperanza de una pronta recuperación. El Hermano Visitador, José Manuel Sauras, me anunció, por correo electrónico, que iría a Abidyán para una visita de 4 días durante la cual planearía una posible evacuación del enfermo hacia Madrid. Al cabo de unas horas pasadas con mi hermano, me mandó otro mensaje en el que me decía lacónicamente:

– *Imposible. Tu hermano es incapaz de moverse y no puede viajar. No puede hacerlo, incluso acompañado por un médico.*

Esto fue un duro golpe que borraba toda esperanza de una rápida curación. Aproveché para sugerirle la posibilidad de ir a Costa de Marfil con el fin de pasar con mi hermano unos días.

– *No es necesario, me dijo al teléfono, nos ocuparemos de él y haremos cuanto esté a nuestro alcance para que no le falten los cuidados que su enfermedad exige.*

Un atisbo de esperanza volvió a nacer en mí cuando un día pudimos intercambiar frases comprensibles, aunque poco alentadoras, con César. Pero esta esperanza se apagó del todo el 4 de abril al abrir mi correo y pude leer el mensaje enviado por el Hermano Visitador a todas las comunidades.

– *Teniendo en cuenta el estado deplorable de la salud del Hno. César Pan, decía su superior, hemos decidido, de común acuerdo, administrarle el sacramento de la extremaunción.*

Otro duro golpe vino a parar a mi cabeza e inundaba mi subconsciente de un pesimismo profundo durante 5 días, hasta el lunes de Pascua que fue cuando mi hermano tomó la iniciativa de llamar. Esta vez se le entendía bien y era buena señal:

– *Estoy un poco mejor, aunque me encuentro muy cansado, decía con algo de amargura.*

El termómetro de la esperanza subió algunos enteros y cierto optimismo salió a flote. Este fenómeno alcanzó su paroxismo un día de la segunda semana del mes de abril cuando el Hno. Josean, de vuelta de Abidján, nos pasó



En Akwaba antes de morir 2012

unas 15 fotos sacadas dentro del Foyer. En ellas vemos a mi hermano en una silla de ruedas, paseando por las floridas sendas del centro de Akwaba. También se le ve conversando con su superior regional, el Hno. Gabriel Some o con chicos y compañeros sonrientes. El ambiente reflejado en las fotos encendió, de nuevo, la luz del optimismo.

– *Bueno, decían tres de mis hermanos que vieron las fotos, parece que va mejor. Ya veremos.*

Pero el lunes 30 de abril, un nuevo mensaje del Hermano Quique decía:

– *El estado de salud de tu hermano es muy delicado y esperamos su desenlace de un momento a otro. Su estado físico se degrada cada vez más. En este momento está postrado. Toma alimentos líquidos y, a veces, no pasan. Hay que esperar. La realidad es dura pero hay que aceptarla. Eso es lo que él hace y es lo que quiere, ya*

que rechaza cualquier intervención en una clínica. Se apaga poquito a poco. No sufre y está listo para el trance final.

Al terminar la lectura del mensaje, la lucecilla de la esperanza se apagó nuevamente. Quedaba un último y tenue resplandor que era la intervención, en última instancia, de los médicos. Y para hacerla efectiva, tuve que pasar por una situación de angustia muy fuerte. Se produjo de esta manera:

Tenía que mandar al Hermano Quique el e-mail de uno de los doctores que habían tratado a César en las últimas sesiones de quimio a las que fue sometido el verano pasado en España. Como no la tenía, me puse en contacto con la clínica Moncloa. La joven que me atendió tomó mis datos y los del paciente. Sollozando y con voz temblorosa se los di. El día siguiente, la doctora Concha me llamó, recomendada por su colega la doctora Patricia Font a quien había mandado un correo y me había dado el suyo. Este e-mail iba destinado al doctor que hacía el seguimiento de César en Abidján. ¿Llegarán a un resultado positivo después de ponerse de acuerdo? Pronto lo sabremos.

La programada intervención final de los profesionales se produjo demasiado tarde ya que el 3 de mayo hacia las 9 de la mañana, recibí una llamada del Hermano José Manuel Sauras para anunciarme escuetamente que mi hermano había fallecido la noche anterior.

A las 9'30, tenía al teléfono al hermano Quique. Con la máxima delicadeza, me dijo esto:

– Tu hermano acaba de fallecer. Como el fallecimiento se produjo sin la presencia de un forense, tendremos que hacerle una autopsia antes de enterrarlo. Hemos pensado preparar una tumba decente, sea en el CELAF o en el cementerio reservado a los religiosos de Abidján, sea en el cementerio municipal.

– En un correo, te pedía que me enviaras un documento en el que me ofreces la invitación para haceros una visita y pasar unos días con vosotros.

– Ah, sí. Es un trámite obligatorio para la obtención del visado. Lo voy a redactar y que lo firme el secretario del arzobispo. Te lo mandaré por la tarde.

En efecto, tenía la intención de ir a Abidján en un vuelo de Air France para asistir a las exequias de César. Debía darme prisa para hacer los trámites

y presentarme, lo antes posible, en el Foyer de Akwaba. Pero antes urgía la obtención del visado de la Embajada de Costa de Marfil y el billete de avión. Tres días no me parecían suficientes para estos asuntos. No sabía tampoco si los restos mortales de mi hermano podían esperar el tiempo necesario que me permitiera llegar a Abidján antes que fueran inhumados. Hice lo necesario para alcanzar este objetivo, por ahora prioritario.

César se merece esta gestión personal. Pasó su vida al servicio de los demás. Falleció en la mayor soledad, rodeado tan solo del afecto y de la presencia de algunos de sus compañeros. Muchas personas, en particular varios centenares de alumnos lo recordarán como alguien que se ha sacrificado con el fin de que lleguen a ser ciudadanos responsables que, cuando les toque, tomarán medidas para que su país salga adelante y pase: de la miseria a una pobreza tolerable; de la vida opulenta de una minoría a una vida más holgada de la mayoría; de un analfabetismo generalizado a una inculturación accesible para todos.

Querido hermano César, descansa en paz en el panteón que te van a preparar lejos de mí pero donde el silencio eterno va acompañado de una felicidad sin fin. Que Dios te conceda una plaza privilegiada en el paraíso que has merecido. Sigues estando presente en mi mente como lo estuviste siempre cuando compartíamos los sufrimientos y las alegrías de poblaciones enteras que no dejarán de reconocer nuestra entrega a su servicio.

11 – Solo será un adiós.

Después de redactar algunas páginas sobre la agonía de César, me pasó por la cabeza la idea de poner por escrito las ceremonias de inhumación de sus restos mortales. Estos párrafos son un resumen.

Hace justo una semana que estoy en la comunidad de los Hermanos del Foyer de Akwaba. Vine para asistir a las exequias de mi querido hermano que empezaron el 18 de mayo con una vigilia de oración que debía recordar, a todos los participantes, que el Señor había acogido en su seno el alma del difunto cuyo cuerpo yacía en un ataúd situado delante de todos. Hubo momentos de

emoción en los que era difícil superar los sentimientos profundos que embargaban la psique de cada uno. En mi fuero interno, los sollozos de un corazón dolido hacían aflorar lágrimas que no era capaz de contener. Las distintas intervenciones, los diversos testimonios expresados por personas que evocaban aspectos de la vida de César, las múltiples oraciones dirigidas a Dios para que mostrara su magnanimidad, recibiendo el alma del que acababa de interrumpir su existencia entre nosotros, todo eso hacía pasar a un segundo plano la tristeza sentida cuando perdemos alguien cuya vida ha sido un poema de amor hacia los más pequeños y los más pobres.

Esta atmósfera de recogimiento y de oración se prolongó toda la noche en la capilla del escolasticado donde unos 20 Hermanos, la mayoría con sotana negra y habero blanco, se relevaron por turnos para acompañar espiritualmente al que había dado prioridad a los valores morales y religiosos. Sin duda estos jóvenes, que consintieron interrumpir su sueño durante parte de la noche, estaban convencidos de que el alma del difunto había volado hacia las moradas eternas. Suscribo este punto de vista y prescindo de las teorías nihilistas de algunos ateos bien conocidos, más atraídos por los argumentos de la razón que por los de la fe. Comparto también el acierto de los que han preferido bien vivir para tener la recompensa de bien morir.

El día siguiente, 19 de mayo a las 9 de la mañana, el féretro que contenía los restos mortales del Hno. César fue trasladado, en el coche fúnebre de la municipalidad de Abobo, a la iglesia Nuestra Señora de Caná de este enorme barrio abidyanés. Durante la misa, cada uno de los asistentes era invitado a dirigir al cielo cánticos y oraciones por el eterno descanso del difunto que, durante toda su vida, tuvo la preocupación de transmitir ideales de convivencia y de tolerancia. No cejó nunca en su empeño de inculcarles la necesidad de incrementar su nivel intelectual y espiritual para garantizar las buenas relaciones entre ellos y con los demás.

Todas las personas que rodeaban el féretro tenían algún lazo que le unía a quien no estaba ya con ellas: los 15 jóvenes del Foyer; los Hermanos superiores que habían venido a rendir homenaje a quien le tenían aprecio; su hermano Servando que no conseguía contener las lágrimas porque le quería mucho; las

Hermanas de la comunidad del Santo Angel que lo habían cuidado durante 6 años; los curas de la parroquia que le vieron, casi cada día, asistir a la misa de la mañana; los Hermanos escolásticos que lo acogieron durante la crisis de 2011 y los días de descanso que pasó con ellos; las demás Hermanas que quisieron acompañarle hasta su morada definitiva.

Finalizada la misa, el féretro fue introducido, una vez más en el coche fúnebre. Los Hermanos Quique, José Manuel Sauras, José Manuel Agirrezabala y yo mismo, subimos al coche para acompañarle hasta el cementerio. Para que el convoy pudiera circular sin encontrar demasiados obstáculos, el conductor activaba la sirena y la gente respetaba la prioridad de este vehículo. En un tramo del camino, por culpa de un atasco, el conductor infringió las normas de la circulación y, saltando la acera, cogió un carril en el sentido contrario. Pasé un mal rato viendo la maniobra. Por fin, giramos a la derecha para coger una carretera despejada hasta el cementerio.

Una vez llegados al panteón donde César iba a ser inhumado, pudimos disfrutar de otro momento de recogimiento, de oración y de reflexión sobre la precariedad de nuestra vida terrenal. Todos los presentes en la ceremonia fueron invitados a echar unas gotas de agua bendita sobre la tapa de la caja donde yacía el difunto. Concluidos estos ritos, tres enterradores ayudados por algunos escolásticos procedieron a introducirla bajo el panteón perteneciente a la diócesis en el cementerio de Williamsville.

Se notaba una cierta tensión contenida: era el momento de decir definitivamente adiós a un ser querido por todos. No dejé reflejar en mis ojos humedecidos los efectos de la emoción. Intenté sustituir la tristeza por un sentimiento más positivo. Dejé resurgir en mi mente ideas reconfortantes. Los designios de Dios alejaron de ella un sentimiento más pusilánime. El concepto de la resurrección y de una entrada en la gloria eterna reemplazó el de la descomposición física. La fe cristiana nos sitúa a este nivel trascendente y da sentido a la vida humana que algunos intentan reducir a una breve estancia en esta tierra sin ninguna otra meta. El más allá existe y da sentido profundo a nuestra existencia en este mundo. César ha tenido la suerte de dejarlo ya.